

OCTUBRE DE 1962
Los misiles de la discordia

*Comunicación del académico Vicente Massot en sesión privada
de la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas,
el 24 de octubre de 2012*

Las ideas que se exponen en esta publicación son de exclusiva responsabilidad de los autores y no reflejan necesariamente la opinión de la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas.

ISSN: 0325-4763

Hecho el depósito legal.

© Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas

Avenida Alvear 1711, P.B. - Tel. y fax 4811-2049

(1014) Buenos Aires - República Argentina

ancmyp@ancmyp.org.ar

www.ancmyp.org.ar

Se terminó de imprimir en Pablo Casamajor Ediciones (www.imagenimpresa.com.ar)
en el mes de noviembre de 2012.

**ACADEMIA NACIONAL DE CIENCIAS
MORALES Y POLÍTICAS
JUNTA DIRECTIVA 2011 / 2012**

Presidente Académico Dr. JORGE REINALDO VANOSI
Vicepresidente . . Académico Dr. HUGO O. M. OBIGLIO
Secretario Académico Dr. FERNANDO N. BARRANCOS Y VEDIA
Tesorero Académico Dr. CARLOS PEDRO BLAQUIER
Prosecretario . . . Académico Embajador CARLOS ORTIZ DE ROZAS
Protosorero Académico Ing. MANUEL SOLANET

ACADÉMICOS DE NÚMERO

Nómina	Fecha de nombramiento	Patrono
Dr. Segundo V. LINARES QUINTANA..	03-08-76	Mariano Moreno
Dr. Horacio A. GARCÍA BELSUNCE	21-11-79	Rodolfo Rivarola
Dr. Alberto RODRÍGUEZ VARELA	28-07-82	Pedro E. Aramburu
Dr. Natalio R. BOTANA	11-07-84	Fray Mamerto Esquiú
Dr. Horacio SANGUINETTI	10-07-85	Julio A. Roca
Dr. Leonardo MC LEAN	22-04-87	Juan B. Justo
Monseñor Dr. Gustavo PONFERRADA..	22-04-87	Nicolás Avellaneda
Dr. Gerardo ANCAROLA.....	18-12-92	José Manuel Estrada
Dr. Gregorio BADENI	18-12-92	Juan Bautista Alberdi
Dr. Eduardo MARTIRÉ	18-12-92	Vicente Fidel López
Dr. Isidoro J. RUIZ MORENO	18-12-92	Bernardino Rivadavia

Nómina	Fecha de nombramiento	Patrono
Dr. Jorge R. VANOSI.....	18-12-92	Juan M. Gutiérrez
Dr. Hugo O. M. OBIGLIO.....	23-04-97	Miguel de Andrea
Dr. Alberto RODRÍGUEZ GALÁN	23-04-97	Manuel Belgrano
Dr. Fernando N. BARRANCOS Y VEDIA	28-04-99	Benjamín Gorostiaga
Dr. Juan R. AGUIRRE LANARI.....	27-11-02	Justo José de Urquiza
Dr. René BALESTRA.....	14-09-05	Esteban Echeverría
Dr. Alberto DALLA VÍA	14-09-05	Félix Frías
Dr. Rosendo FRAGA	14-09-05	Cornelio Saavedra
Embajador Carlos ORTIZ DE ROZAS....	14-09-05	Ángel Gallardo
Dr. Mario Daniel SERRAFERO	14-09-05	José M. Paz
Dr. Juan Vicente SOLA.....	14-09-05	Deán Gregorio Funes
Dr. Carlos Pedro BLAQUIER.....	27-08-08	Nicolás Matienzo
Ing. Manuel SOLANET	27-08-08	Joaquín V. González
Dr. José Claudio ESCRIBANO	27-05-09	Domingo F. Sarmiento
Dr. Rodolfo Alejandro DÍAZ	14-04-10	Dalmacio Vélez Sarsfield
Dr. Santiago KOVADLOFF	14-04-10	Estanislao Zeballos
Dr. Vicente MASSOT	14-04-10	Fray Justo Santa María de Oro
Dr. Felipe DE LA BALZE	14-04-10	Bartolomé Mitre
Lic. María Teresa CARBALLO.....	26-10-11	Roque Sáenz Peña
Dr. Héctor A. MAIRAL	26-10-11	Carlos Pellegrini
Dr. Eduardo Martín QUINTANA.....	26-10-11	Vicente López y Planes

ACADÉMICOS EMÉRITOS

Dr. Carlos María BIDEGAIN

Dr. Carlos A. FLORIA

Dr. Miguel M. PADILLA

OCTUBRE DE 1962

Los misiles de la discordia

Por el académico DR. VICENTE MASSOT

La crisis de los misiles cubanos, como se la conoce mundialmente, no escapó a las invariantes de la Guerra Fría –en cuyo contexto cobró sentido– aunque resultó única en su tipo por una razón bien sencilla: el 22 de octubre de 1962, cuando John Kennedy intimó a Nikita Khrushchev a desmantelar las armas estratégicas instaladas en la isla caribeña y, al mismo tiempo, anunció la cuarentena, las autoridades norteamericanas tanto como las soviéticas no descartaron la posibilidad de utilizar su arsenal nuclear para dirimir el pleito en el que se hallaban enfrascadas.

Es cierto que, en las instancias finales de su dominio en Indochina, los franceses habían sondeado el ánimo estadounidense respecto de utilizar, llegado el momento, una bomba atómica que solo el gobierno de Washington –en caso de juzgarlo pertinente– podía facilitarles, y que Douglas Mac Arthur, años antes, como comandante del teatro de operaciones en Corea, había pensado en bombardear al norte del río Yalú con ese tipo de explosivos para detener la ofensiva china. Pero, en una y otra ocasión, Harry Truman rechazó semejantes avances en seco. En cuanto a Moscú,

Khrushchev, en plena crisis de Suez, solapada con el levantamiento húngaro de 1956, había lanzado una amenaza contra Francia e Inglaterra, que no fue otra cosa más que una bravata.

El 9 de julio de 1960 el líder del Kremlin, en una reunión con maestros de su país, pareció insinuar la política que desenvolvería más adelante. Es cierto que su discurso, dirigido a Washington, de que pensase dos veces antes de intervenir en Cuba porque, si lo hacía, Rusia podría utilizar sus misiles intercontinentales capaces de recorrer 13.000 kilómetros y dar en el blanco con una precisión notable, no fue serio en razón de que las armas mencionadas eran poco confiables, además de resultar imprecisas. Pero pudo resultar una advertencia.

Como quiera que sea, según el historiador Dimitri Volkogónov, en abril de 1962, Khrushchev, sabedor de que los americanos tenían un arsenal mucho más sofisticado que el de la URSS, pensó por primera vez en instalar misiles del alcance medio e intermedio en Cuba con el propósito de equilibrar esa brecha. A su vez, en las *Memorias* que dejó escritas, confesó la preocupación que lo ganó en el mes de mayo de ese año, hasta convertirse en un verdadero quebradero de cabeza: qué sucedería si perdía Cuba. Durante el viaje que, en ese momento, lo llevó a Bulgaria, llegó a una conclusión peligrosa: para evitar la guerra y disuadir a los Estados Unidos de no intentar otro operativo como el fallido de la Bahía de Cochinos, la única solución era emplazar armas ofensivas en el territorio dominado por Fidel Castro.

Se ha discutido hasta el hartazgo, sin hallar respuestas definitivas, si el paso dado por la URSS tuvo como cometido prioritario la defensa de Cuba o el equilibrio nuclear. De resultados de los archivos soviéticos abiertos al público y de los testimonios orales conocidos¹, el asunto no ha quedado claro. Es que hay

¹ Desde el estallido de la crisis hasta nuestro días, la bibliografía dedicada a estudiar el tema no ha hecho más que crecer con base en libros y artículos de tipo académicos y también con los aportes fascinantes de la llamada *critical oral history*. Entre 1987 y 1992 algunos de los protagonistas

razones para inclinarse por cualquiera de las dos explicaciones antes citadas. Los miembros del Politburó pudieron creer que el gobierno presidido por Kennedy consideraba seriamente, a principios del '62, montar una invasión a Cuba para remediar el fracaso del año anterior en Playa Girón. El yerno de Khrushchev, Alexei Adzhubei, acababa de entrevistarse en la Casa Blanca con el presidente norteamericano y, de regreso a Moscú, le informó a su suegro sobre unas declaraciones que le hiciera su interlocutor, en tono durísimo, sobre Fidel y Cuba, a la cual había comparado con Hungría.

De regreso al Kremlin de su periplo por los Balcanes, el 20 de mayo Khrushchev puso a discusión —es una forma de decir— la idea que había madurado delante de Gromyko, Mikoyan, Malinowski, Kozlov y Aleksandr Alekseev, embajador soviético en La Habana. En apenas veinticuatro horas se tomó la decisión de mandar a Cuba una avanzada para poner en autos a Castro de cual era el plan y se le ordenó al Ministerio de Defensa que implementara las medidas con el fin de mover tropas e instalar los que pasarían a ser los misiles de la discordia. Se trataba de R-12 y R-14, cuyo alcance era de 1.050 millas en el caso de los primeros y de casi el doble en el caso de los segundos. Una vez que resultaran operativos la URSS duplicaría su capacidad de atacar USA, tomando en cuenta que, al arsenal desplegado en su vasto territorio euroasiático, ahora se le sumaba el que dispondría en el Caribe. Por su lado, la armada soviética construiría allí una base naval para once submarinos —siete de ellos nucleares— y el ejército rojo desplazaría 50.874 hombres, entre soldados y personal civil. Con 36 cabezas nucleares apuntando al corazón estadounidense Kennedy, de acuerdo al entendimiento de Khrushchev, no se animaría a repetir un ataque contra Castro nuevamente.

más destacados del episodio de los misiles cubanos se sentaron a debatir en Hawk's Cay y Cambridge (1987); Moscú (1989); Antigua (1991) y La Habana (1992), abriendo caminos insospechados en torno del tema y planteando aspectos hasta ese entonces desconocidos para casi todos los investigadores y legos en la materia.

Suponer que el Kremlin deseaba dar comienzo a una contienda es no entender la extrema cautela que, en punto al uso de armas de destrucción masiva, siempre acreditaron los rusos durante la Guerra Fría. El operativo –lleno de vacíos conceptuales, agujeros negros y cálculos errados– requería, para ser exitoso, que Washington no se enterara hasta el 6 de noviembre del emplazamiento misilístico. Ese día se substanciarían elecciones legislativas en EEUU e, inmediatamente después de los comicios, Khrushchev pensaba entrevistarse con Kennedy y ponerlo frente a un hecho consumado. Luego viajaría a Cuba para firmar un Tratado de carácter defensivo con Castro.

Este, a grandes rasgos, era el plan que Khrushchev forjó más por instinto que por cálculo pensando que los Estados Unidos deseaban tomarse revancha de Bahía de Cochinos y deponer a Fidel –lo cual era falso– y que debía sorprendérselos con un *fait accompli*. La rareza inicial de toda la trama quedó transparentada en la escasa o nula voluntad de cuidar con atención lo que era una de las premisas esenciales del proyecto: el camuflaje de los misiles. Ni bien se enteró de cual iba a ser su responsabilidad, el jefe militar soviético en Cuba, el mayor general A.A. Dementiev, advirtió a sus superiores que sería una tarea de difícil ejecución –por no decir imposible– esconder de los U-2 americanos, las armas, rampas de lanzamiento e instalaciones necesarias para transformar la isla en una fortaleza. Rodion Malinovsky, a la sazón titular de la carrera de Defensa, no le prestó atención, con la particular coincidencia de que, a comienzos de julio, el propio Khrushchev asumió que no resultaría fácil mantener el secreto.

Si, como sostienen algunos, supuso que cuanto intentaba llevar adelante la URSS en Cuba era algo similar a lo que Washington había montado en Turquía, amenazando la integridad soviética –15 misiles del tipo Júpiter en 5 sitios diferentes– se equivocó sin remedio. En cierta ocasión Khrushchev dijo que si ellos se habían

tragado la píldora de Turquía, ahora los americanos deberían hacer lo propio con la de Cuba.

En dos distintas visitas que hicieron a Moscú, tanto a Raúl Castro como al *Che* Guevara y a Roberto Aragones, el líder soviético, ante la pregunta que, a través de ellos, le hizo llegar Fidel: ¿qué sucedería si el operativo era descubierto antes del 6 de noviembre?, contestó lo mismo. Que mandaría al Caribe la flota del Báltico. Con posterioridad a la crisis, el cubano no se cansó de repetir que siempre le había parecido un contrasentido que se hubieran emplazado misiles de última generación tierra-aire para no utilizarlos contra los U-2. En ello llevaba razón porque las fotos reveladoras del operativo *Anadyr* –tal el nombre que le fuera dado por el Kremlin– las tomó uno de esos aviones espías.

¿Qué pasaba, a todo esto, en Washington? El 10 de agosto el jefe de la CIA, John Mc Cone, insinuó que los rusos podían estar emplazando misiles en Cuba. Salvo él y Robert Kennedy, nadie importante de la comunidad de inteligencia y del gobierno de JFK, incluido, claro, el mismísimo presidente, creían que ello fuera posible. Durante la primavera de 1962 Kennedy estaba leyendo una novela de Fletcher Knebel y Charles Bailey “Siete Días de mayo” –más tarde llevada al cine, protagonizada por Burt Lancaster– cuya trama se centraba en el complot vertebrado por un distinguido general norteamericano contra un presidente en extremo pacifista.

JFK, hasta que el 16 de octubre su asesor de seguridad nacional, McGeorge Bundy, su secretario de Estado, Dean Rusk, y su secretario de Defensa, Robert McNamara lo pusieron en autos de la *novedad*, había creído que la idea de que los soviéticos estaban empeñados en convertir a Cuba en una suerte de plataforma nuclear, era un invento electoral de los republicanos. Pero ni bien escuchó la confidencia que le trajeron sus colaboradores, su reacción inmediata puso en entredicho una de las premisas de Khrushchev: que aceptaría el hecho consumado.

Antes del 16 de octubre, tal cual se lo habían explicado Mc Cone y McNamara a Kennedy, era difícil distinguir la existencia en la isla de un misil superficie-aire de otro tierra-tierra. Al menos con la información que se contaba entonces. Inclusive luego de esa fecha la inteligencia norteamericana nunca llegó a comprobar la existencia de cabezas nucleares en la isla ni tampoco la envergadura real, en términos convencionales, del operativo *Anadyr*. Dos de los asesores de Khrushchev durante la crisis, Fyodor Burlatovsky y Oleg Troyanovsky, en la conferencia de La Habana, llevada a cabo en enero de 1992, es decir, 30 años después de ocurridos los hechos, discutieron el tema. Para el primero las cabezas nucleares nunca llegaron a la isla, mientras para el segundo sí. A Kennedy le quedó clara una cosa, al margen de no tener certezas acerca de la dimensión total del desafío: que Nikita Khrushchev había mentido y que las armas a punto de emplazarse y las ya emplazadas eran de naturaleza ofensiva y de carácter estratégico. Para poner el tema en perspectiva, valga decir que Hiroshima fue devastada con el equivalente a 14.000 toneladas de TNT. Una sola cabeza nuclear de un misil R-12 representaba 1 millón de toneladas de TNT.

El presidente norteamericano calibró distintas respuestas: un ataque aéreo contra todos los sitios misilísticos; una invasión en regla de 250.000 hombres a la isla, precedida de 2.000 bombardeos masivos, cuyos preparativos llevarían al menos 8 días desde que se adoptara la decisión y, finalmente, un bloqueo a Cuba. En principio se inclinó por la primera estrategia a pesar de las serias dudas que le planteó McNamara. Posiblemente lo que lo hizo más tarde cambiar de opinión, y adoptar una línea de acción que mantuvo hasta el final, fue la respuesta de Maxwell Taylor –jefe del Estado Mayor Conjunto– a una pregunta suya: “Nunca podremos estar enteramente seguros que la efectividad del ataque sea del 100%”.

McNamara y Llewellyn Thompson –recién regresado de Moscú para transformarse en el asesor del presidente en asuntos

soviéticos— estuvieron convencidos, desde el comienzo de la crisis, que el bloqueo no podía evitarse y que era contraproducente quemar etapas. Solo si la URSS no aceptaba las condiciones que se le impondrían a sus barcos y submarinos entonces sí correspondería pasar a la faz específicamente bélica.

Ni bien se enteró de la existencia de los misiles en suelo cubano, Kennedy creó un comité de crisis. Convocó a lo más granado de su país en términos de inteligencia, y las disputas en las cuales se enredaron Robert MacNamara, Dean Rusk, Theodore Sorensen, George Ball, Paul Nitze, Robert Kennedy, John Mc Cone, Dean Acheson, Douglas Dillon, el general Maxwell Taylor y otros de igual talento, pusieron de manifiesto las ventajas del pensamiento colegiado sobre cualquier otro de carácter unipersonal. Aun si Jrushchov hubiera sido un Richelieu o un Bismarck —que no lo era— de todos modos no habría podido compensar la insuficiencia derivada de un sistema de decisión poco dado a los cambios de opinión.

El viernes 19 el *Executive Commitee* se dividió en dos grupos: el que privilegiaba la variante del ataque aéreo, cuyos principales escuderos eran Bobby Kennedy; Douglas Dillon, secretario de Tesoro; John Mc Cone; el ex secretario de Estado durante la administración de Truman, Dean Acheson, y el asesor de seguridad nacional, McGeorge Bundy. En el otro se hallaban quienes defendían la táctica de la cuarentena: McNamara, Rusk, Thompson y Ball. La instrucción que recibieron fue la de presentar al día siguiente un borrador explicando las razones de su preferencia. El 20 se votó y ganó la postura de las *palomas* con el concurso del hermano del presidente, que había cambiado de bando, y del embajador en Naciones Unidas, Adlai Stevenson. Cuando se discutió qué camino tomar, se barajaron las posibilidades señaladas con algunas consideraciones dignas de traer a comento. Si se decidía atacar, ¿se haría con o sin aviso previo? Si avisaban ¿cuál argumento se esgrimiría para justificar la acción?. George Ball insistió

que no se podía imitar a los japoneses y repetir Pearl Harbour pues el mundo no lo entendería. Agregó que un procedimiento así era propio del comunismo, nunca de los EEUU. Dean Rusk avaló la posición de Ball por cuanto “violaba la moral y las leyes”. En la vereda de enfrente fue Dean Acheson quien sostuvo la necesidad de lanzarse sobre Cuba sin aviso previo. En resumidas cuentas las opciones eran básicamente dos: la de los *halcones*, consistente en anotar a Khrushchev y atacar de inmediato y la de las *palomas*, con base en una declaración terminante extendida a la URSS seguida de un bloqueo. En tal caso se le pondrá límites sólo a los barcos, para no darle razones a Nikita Khrushchev de paralizar Berlín, como lo había hecho en 1948 Stalin.

La cuestión de la ex-capital alemana estaba en la mente de todos los integrantes del *Ex-Com*. Muchos –entre ellos Kennedy– suponían que Cuba era la antesala de Berlín y habían asumido que, si bien no responder a la amenaza en el Caribe sería una señal desalentadora para los aliados occidentales y un estímulo para que los soviéticos escalasen en sus pretensiones expansionistas, invadir la isla podía desatar una guerra nuclear. En rigor, Khrushchev nunca pensó, en el curso de esos trece días, en Berlín. Su asesor Troyanovsky, en la mencionada reunión académica de La Habana, en 1992, confesó que el segundo de Andréi Gromyko, A Kuznetsov, le planteó al amo del Kremlin si no debían pensar en hacer algo respecto de Berlín si los americanos rodeaban Cuba. Nikita Khrushchev lo despachó con un terminante no.

Kennedy tenía delante suyo la siguiente disyuntiva: no responder a la amenaza soviética y negociar una salida a la crisis, con el riesgo de dar una señal desalentadora a sus seguidores, o frenar en seco el reto de ruso y prepararse para lo peor. El camino escogido combinó la prudencia de las *palomas* y la dureza de los *halcones*. Le hizo saber a Khrushchev que no admitiría el paso de buques soviéticos a Cuba, lo cual implicaba que un incumplimiento gatillaba la amenaza estadounidense de inspeccionarlos e,

inclusive, hundirlos si se negasen a soportar semejante *capitis diminutio* a su investidura de superpotencia. Pero, al mismo tiempo, se desarrolló entre Robert Kennedy, Anatoly Dobrynin –embajador de la URSS en Washington– el Politburó y Fidel Castro una serie de reuniones y un intercambio de mensajes cifrados que, a la postre, resultaron decisivos.

Sobre el particular las diferencias entre quienes formaban parte del Ex-Com fueron notables. Los *halcones* no querían desatar las hostilidades más que las *palomas*. No los separaba su belicismo sino una concepción abismalmente distinta de los riesgos que implicaba el uso de la fuerza nuclear en la Guerra Fría. Estaban convencidos que, dada su inferioridad y sintiéndose en falta –porque le habían mentado a Kennedy– los soviéticos nunca responderían con armas de destrucción masiva a una invasión –con ataque aéreo incluido– a Cuba. Dillon diría años después, en *Hawk's Cay*², que ellos no estaban nerviosos; las *palomas*, en cambio, sí. No sólo eso, sino que cargó contra McNamara, precisamente por creer que la hecatombe nuclear se hallaba a la vuelta de la esquina, acusándolo de haber actuado en Cuba y en Vietnam en puntas de pie, pidiendo siempre permiso. Si no hubiese sido tan temeroso, a los Estados Unidos les habría ido mejor tanto en el Caribe como en el sudeste asiático. Hasta aquí Dillon.

El universo de unos y otros no tenía nada en común: para los *duros* era predecible, controlable y hasta seguro; para los *blandos*, inversamente, resultaba inexplicable, impredecible y sumamente peligroso, además de poco controlable. Disentían en cuanto a las amenazas, la magnitud de los peligros y la relación de fuerzas vigente. Aquellos razonaban con arreglo a lo probable; estos en consonancia con lo posible. Los primeros daban por sentado la existencia de un actor racional; los segundos temían al *inoportuno*

² “On the Brink: Americans and Soviets Reexamine the Cuban missile crisis”. James G. Bright and David Welch, Hill and Wang, New York, 1989,

irresponsable del lado soviético. Ninguno llevaba toda la razón y de resultas de sus discusiones el *brain storming* que generó el Ex-Com fue de una riqueza formidable.

Kennedy basculó entre las dos facciones tomando prestadas ideas de unos y otros. El año anterior, a raíz de la crisis estallada en Berlín, había revisado las diferentes opciones nucleares en el caso de un enfrentamiento. Una, debida al economista de Harvard, Thomas C. Schelling, consistía en responder una invasión de Moscú sobre Berlín lanzando una bomba nuclear sobre alguna ciudad soviética del tamaño de Hiroshima. Por supuesto a nadie se le ocurrió resucitar semejante idea pero lo que ponía al descubierto era que Kennedy estaba familiarizado con el tema y no a retrocederla fácilmente delante de una extorsión como la que le planteaba Khrushchev.

Según Theodore Sorensen³, si los soviéticos le hubieran advertido con anticipación su propósito, aduciendo como argumento los Polaris en Turquía, es probable que se hubiese sentado a negociar e inclusive que aceptara parte del arsenal ruso en la isla. Si lo que dijo Sorensen varios años después de muerto Kennedy hubiese sido plausible, nadie lo sabe, aunque lo cierto es que la reacción del presidente de EEUU, por momentos visceral, estuvo motivada por el intento grosero de engañarlo. De todas maneras, aunque los rusos aceptasen la cuarentena seguía abierta la cuestión principal: el desmantelamiento de los misiles.

Nikita Khrushchev quizá haya considerado que, después del paso en falso de Kennedy en Viena –durante la reunión cumbre que los había tenido como protagonistas excluyentes– este “se tragaría la píldora”. No fue así. El famoso discurso de Kennedy del 22 de octubre, anunciando la cuarentena, resultó su respuesta contundente al avance soviético. A las 5p.m JFK, en un mensaje televisado, advirtió que cualquier ataque enderezado desde Cuba

³ “On the Brink...”, *op.cit.*

con cabezas nucleares contra cualquier nación del hemisferio occidental –pensaba en su país, Alemania y Turquía– sería considerado como una agresión de la URSS a los EEUU y respondido de la misma manera. Kennedy estaba convencido de que los rusos tenían planeado avanzar a expensas de Berlín occidental. Por eso, el 24 decidió que, si ese fuese el escenario, invadiría Cuba sin más dilaciones. 12 horas después de dada la orden se lanzaría el primer ataque aéreo masivo que continuaría, interrumpidamente, a lo largo de una semana. Luego comenzaría la invasión anfibia.

El Kremlin contestó de inmediato. Dijo que su intención era pacífica aunque dejó en claro, también, que si los EEUU atacaban a Cuba no podían quedarse cruzados de brazos. Al propio tiempo rechazó de palabra el bloqueo. De resultas de los testimonios que se conocen hoy la estrategia rusa descansaba en la utilización de armas tácticas del tipo *Luna*, que se lanzarían contra las cabezas de playa norteamericanas. Si el mariscal de campo Erwin Rommel hubiese tenido 10 de esas armas hubiera podido liquidar las 5 cabeceras de desembarco aliadas en Francia durante el Día D en cuestión de minutos.

El 22 de octubre, el ministro de defensa Malinovsky autorizó al mando soviético en Cuba el uso de esos misiles para defender la isla en caso de un ataque en toda la línea por parte de los americanos. Sin embargo, no le extendió idéntico permiso a sus subordinados para que utilizaran los SA-2 (antiaéreos defensivos) contra los U-2. De la misma forma que se le dio un amplio margen de maniobra al general Pliyev para resolver el empleo de los *Luna* en el momento de una invasión, sin consultar a Moscú, cuatro días después se revirtió la autorización.

Nikita Khrushchev asumió que los misiles se desplegarían en Cuba solo para defenderla de un eventual zarpazo norteamericano. En consecuencia, no le prestó demasiada atención a la naturaleza de esas armas. Dio por sentado que Kennedy interpretaría cuáles eran sus intenciones y actuó en consecuencia. Las cosas

tomaron otro cauce porque su par de Washington no se ocupó de medir los presuntos deseos rusos sino que puso el acento, precisamente, en la categoría de los R-12 y los R-14 que, al momento de resultar operativos, duplicarían la capacidad soviética de atacar el territorio estadounidense.

El 26 de ese mes estaban emplazados 24 lanzadores. Sin embargo, ninguno portaba cabezas nucleares, que se encontraban guardadas en depósitos fuera del alcance de la inteligencia norteamericana. El 27 los SS-4 estaban listos para operar; no así los SS-5 que demandarían, en el mejor de los casos, un mes antes de ser puestos a punto. Con esta particularidad que dejaba a cubierto de cualquier *loco* el Armagedon nuclear, impartida la orden de lanzarlos, tardarían los técnicos entre 8 y 20 horas en alistarlos para levantar vuelo.

A medida que la crisis escalaba sin solución de continuidad, Khrushchev, que había tirado sobre la mesa del Kremlin la idea de llevar adelante el operativo *Anadyr*, fue, a su vez, el primero en sostener la necesidad de que si podían salvar la cara a cambio de una promesa norteamericana de no invadir Cuba, ello quizá solucionaría el diferendo. Brezhnev, Kosygin, Kozlov, Mikoyan, Ponomarev y Suslov lo apoyaron, dando la impresión de que no había existido, en el planeamiento soviético, una discusión de fondo respecto de qué hacer en el supuesto de que JFK reaccionase como lo hizo. El plan de mínima para guardar las apariencias fue una improvisación.

Si en la decisión inicial moscovita tuvo una importancia fundamental la presunción de que los EEUU planeaban reconquistar Cuba, así también Kennedy pensó, hasta último momento, que la cuarentena a Cuba podía disparar como represalia el bloqueo a Berlín y eso escalar una guerra, en el peor de los casos, o generar la necesidad de una conferencia cumbre en la cual Estados Unidos podría verse obligado a negociar una cosa por otra.

Errores de cálculo hubo en Moscú y Washington, por partes iguales, solo que en tanto los americanos analizaron las cuestiones sin condicionamientos previos y, en medio de la crisis, *halcones* y *palomas* levantaron argumentos muy distintos, ninguna discusión semejante tuvo lugar en el seno del *Politburó*. La URSS forjó su estrategia sobre dos pilares: que los Estados Unidos, deseando tomarse la revancha de Bahía de Cochinos, tarde o temprano tratarían de invadir la isla y deponer a Castro, y que los misiles podían instalarse sin ser detectados. De su lado, Washington dio por sentado que los soviéticos, siguiendo un patrón de conducta invariable, no instalarían cabezas nucleares fuera de su territorio, y que la crisis cubana debía mirarse en el espejo berlinés. Las presunciones de uno y otro lado de la colina demostraron ser falsas y, consecuentemente, ambos bandos debieron modificar sus concepciones previas a la crisis.

Llegado el día 26, en una primer carta decisiva –de las dos que entre el 26 y el 27 le envió Nikita Khrushchev a su par de la Casa Blanca– Moscú ofreció retirar los misiles a cambio de la palabra (compromiso) de los Estados Unidos de no invadir Cuba. Antes de que Kennedy respondiese, pasaron dos cosas: 1) NK le agregó la condición de desmantelar los 15 *Júpiter* de Turquía y 2) en Cuba el primer U-2 fue derribado por las baterías soviéticas y el piloto del avión espía resultó muerto. Kennedy adoptó entonces unas decisiones verdaderamente trascendentales: dejó de lado el plan para responder con la fuerza el uso de la violencia por parte de soviéticos y/o cubanos; aceptó el ofrecimiento del 26 –del otro, del 27, nada dijo– y, *last but not least*, instruyó a su hermano para que se reuniera con Anatoly Dobrynin –embajador de la URSS en Washington– y solo le dejara una opción.

Paralelamente, y sin el conocimiento de los rusos, la diplomacia norteamericana se había puesto en marcha con el objeto de convencer a los turcos y a los italianos acerca de la conveniencia de retirar de su territorio los misiles *Júpiter*. Fue fácil explicarles

a estos últimos las razones de Washington, aunque más no fuese porque no tenían ningunas ganas de ser el eventual blanco de una agresión. Todo hacia preveer, en cambio, que los turcos –valientes y orgullosos como pocos– no aceptarían de buena gana la propuesta. Cuando cedieron, dándose cuenta de que no tenían demasiadas alternativas, la compensación que recibieron tuvo todas las ventajas imaginables y ninguna contra. El poder de fuego que la OTAN perdía con los *Júpiter* –que, dicho sea de paso, resultaban obsoletos– sería compensado por la fuerza de un submarino nuclear con misiles *Polaris* estacionado en el mediterráneo oriental.

El sábado 27 Robert McNamara, previendo que la réplica soviética a un ataque a Cuba podía tener como blanco Turquía, pensó que lo mejor sería desarmar los *Júpiter*. Robert Kennedy le preguntó: y si los turcos nos dijese ‘bien y, qué pasa si la URSS nos ataca igual. ¿Lanzarían los *Polaris* contra Rusia?’, McNamara le dijo que no estaba en condiciones de responder a tamaña pregunta. En realidad, durante los trece días famosos, en el Ex-Com, como era de imaginar, existió una honda preocupación de qué hacer en Europa si se desencadenaba las hostilidades abiertas en el Caribe. Pero llama poderosamente la atención que nunca se haya discutido en detalle algo que McNamara mencionaría más tarde: “si un segundo teniente soviético hubiese lanzado un misil y destruido Atlanta, ¿hubiésemos respondido con todo? Nunca lo discutimos”⁴.

El 26, cuando ninguno de los protagonistas imaginaba que faltaban apenas cuarenta y ocho horas para que las diferencias quedasen zanjadas, el presidente norteamericano seguía creyendo que la respuesta militar era más probable que la salida diplomática. Si hubiera sabido –cosa que, por supuesto, resultaba imposible– cuanto ese mismo día le recomendaba Fidel Castro a los soviéticos, se habría dado cuenta de que su parecer no era para

⁴ “Cuba on the Brink. Castro, the missile crisis and the soviet collapse”. James B. Blight, Bruce J. Allyn & David A. Welch. Pantheon Books, New York, 1993

nada descabellado. El líder cubano, considerando que un ataque americano era inminente, instó a Khrushchev a utilizar armas nucleares contra el territorio estadounidense si en las próximas 72 horas la agresión se transformaba en un hecho. En su mensaje al Kremlin escribió: “No importa cuan horrible sea la decisión, creo que no hay otra salida”. La recomendación de pegar primero si Cuba era invadida, claramente alarmó al poder soviético. Khrushchev en sus *Memorias* –recién desclasificadas en forma total en 1990– cuenta que, al leer el mensaje de Fidel, todos se miraron en el Kremlin y consideraron que su socio no había entendido el verdadero propósito del operativo.

Lo que sucedió entre la respuesta de Kennedy a la carta del premier soviético y la decisión moscovita de retirarse, sigue siendo materia de especulación. Cuenta Troyanovsky –asesor de Khrushchev–⁵ que el 28 llegó un telegrama de Dobrynin dando cuenta de su reunión con Robert Kennedy. Tomó nota y la pasó al Kremlin. Nadie sabe a esta altura qué hablaron el hermano del presidente y el embajador de la URSS en Washington. Pero no hay duda de que la instrucción que recibió Bobby de JFK debe haber sido terminante. Sabemos, sí, que Nikita Khrushchev la consideró un verdadero ultimátum. La URSS debía contestar en 24 horas o, de lo contrario, el gobierno de Washington tomaría las medidas que considerase pertinentes para solucionar el problema. Dobrynin escribió que en Washington había muchas “cabezas calientes” deseosas de atacar Cuba.

McNamara sostiene, aun hoy, que si el 27 la URSS no hubiese dado el brazo a torcer, Kennedy de todas maneras habría seguido con el bloqueo. Al mismo tiempo, está convencido de que Robert Kennedy no lo intimó a Dobrynin en un juego de todo o nada: o sacan los misiles o los sacamos nosotros. En la misma línea argumental, Dean Rusk reveló, en la conferencia de Hawk’s

5 “Cuba on the Brink...” op.cit.

Cay, que el 27 JFK le pidió que iniciara una negociación, a través de las Naciones Unidas, con base en un intercambio, por llamarle de alguna manera: los Estados Unidos retirarían los *Júpiter* instalados en Turquía en tanto y en cuanto la URSS se comprometiese a hacer otro tanto con los SS-4 y SS-5 desplegados en Cuba. Si se tiene en cuenta que el Secretario de Defensa como el de Estado se contaban en el bando de las *palomas* y que, en última instancia, JFK hubiese decidido el curso de acción con su círculo íntimo: Rusk, McNamara y su hermano, hay motivos para suponer que el 28 no hubiera estallado la guerra. También es cierto que Dillon, en la conferencia antes citada, sostuvo una posición contraria a la de McNamara. Su parecer es que el presidente era un amante de la paz, no un pacifista, y que si el 27 Khrushchev hubiese dilatado su respuesta, las presiones a las que hubiera estado sometido lo habrían decidido a dar la orden de invasión.

Las diferencias entre *halcones* y *palomas* no se circunscribieron, por supuesto, a lo que podría haber hecho Kennedy. Cruzaron todo el campo de análisis y ese día decisivo, un abismo separó las posiciones de unos y otros respecto de los *Júpiter*. El secretario de Defensa trazó el siguiente cuadro de situación: “*si no sacamos los misiles de Turquía y debemos atacar Cuba, lo más seguro es que la URSS escale en contra de los Júpiter, en cuyo caso los EEUU y la NATO no podrán desentenderse del asunto*”. En primera instancia, debería responder con armas convencionales. Tanto él como Sorensen y Rusk nunca creyeron en la posibilidad de un *first strike* soviético. El peligro para McNamara era que “una guerra convencional descontrolada” derivase más tarde en una conflagración de naturaleza nuclear. Dillon, como casi todos los halcones, suponía que la idea según la cual, si EEUU atacaba Cuba, la URSS replicaría en Turquía, carecía de sentido porque, en tal hipótesis, los soviéticos hubieran destruido unos misiles inútiles, dejando intacto todo el arsenal americano y comprándose, además, una contienda con la NATO.

Más allá de cómo hubieran actuado Kennedy y Khrushchev si este no contestaba el terminante mensaje de Washington, lo cierto es que el Kremlin dio marcha atrás a cambio del compromiso formal americano de no invadir Cuba y la promesa, mantenida en secreto, de retirar los *Júpiter*. Analizada la cuestión sin reparar en todos los detalles del caso, sería posible llegar a la conclusión de que, al final del día, los soviéticos no salieron tan mal parados. Una mirada más fina demuestra lo contrario.

Lo primero que queda claro es que Nikita Khrushchev retrocedió el 29, en horas de la mañana, porque no estaba dispuesto a correr más riesgos. Si ninguno de los dos bandos quería la guerra, era cantado que la disputa quedaría decidida cuando uno de los contendientes se quebrase. Bien mirada, la crisis terminó siendo una guerra de nervios. Los soviéticos decidieron replégarse antes de enfrentar a un enemigo que era mucho más poderoso en términos nucleares y convencionales.

Lo segundo es que así como Castro había sido consultado al momento de poner en marcha el operativo, a la hora de dismantelar las instalaciones y llevarse de vuelta a Moscú misiles y cabezas nucleares, fue un convidado de piedra. Los cubanos todavía hoy no se bajan de su indignación respecto de los soviéticos que, según ellos, los usaron y luego traicionaron. ¿Porqué fue dejado de lado el líder de la isla? Castro estaba preparado para la guerra y se opuso, hasta donde pudo, a la retirada rusa. Hay que reparar en el hecho de que, cuando le pidió ayuda a la URSS, nunca supuso que se iba a montar una operación como la que finalmente se llevó a cabo. Pero cuando se enteró del plan soviético nada objetó y en todo momento adoptó posturas *maximalistas*.

En el encuentro de la Habana, Castro y McNamara dejaron sentadas sus respectivas posiciones. Aquél reconoció que, en caso de ser atacado, de haber estado a su alcance la decisión, hubiera respondido con armas nucleares tácticas –los Luna– y estratégicas. Este, inversamente, recordó que, consultado por el almirante

Dennison –quien hubiese sido el jefe de la operación anfibia si las tropas norteamericanas debían desembarcar en Cuba– le prohibió terminantemente equiparse con misiles *Honest John*, con capacidad nuclear.

En conocimiento del carácter beligerante de Castro, Khrushchev lo pasó por alto dando lugar a un cruce de cartas ríspido. Obviamente Fidel fue puesto frente a un hecho consumado que nunca terminó de entender. Contó, también en la Habana, que cuando le tocó viajar a Moscú, terminada la crisis, en 1963, se ocupó de preguntarle, a cuanto miembro del Presidium encontró a su paso, cuáles habían sido los argumentos para emplazar los famosos misiles en Cuba y ninguno fue capaz de darle una respuesta convincente.

¿Fue para defender a la isla o para tratar de compensar la notable brecha misilística? Si el propósito fue cuidar a Cuba, bastaba con la dotación militar soviética: 42.000 efectivos, la base de Mig-21 y IL-28 de última generación, la de submarinos y el emplazamiento de los *Luna*. Si, en cambio, fue para negociar misiles contra misiles, los *Júpiter* eran piezas de museo y fueron reemplazados por submarinos nucleares con cohetes de última generación. En el primer caso la *capitis diminutio* soviética resultó notable. Tuvo que desarmar, a vista del mundo entero, el tinglado armamentístico y, en compensación, obtuvo cuanto Norteamérica no pensaba hacer de todas maneras: la promesa de no avanzar sobre Cuba. En el segundo, nada logró a cambio.

Si cedemos a la tentación, tan común, de explicar el caso con arreglo a la teoría del actor racional, las preguntas sin respuesta lógica saltan enseguida a la vista: ¿Por qué los soviéticos, contrariando su estilo conservador en la materia, por primera vez emplazaron tamaña cantidad de armas estratégicas en la isla del Caribe? Si deseaban sorprender a Kennedy con un hecho consumado, ¿cuál fue la razón en virtud de la cual no pusieron cuidado en camuflar la operación en sus comienzos y sí, en cambio, redo-

blaron el esfuerzo al ser descubierta? ¿Qué los llevó, desde el 14 al 26 de ese mes, cuando escalaba el conflicto, a no utilizar los SAM (tierra-aire) contra los aviones de reconocimiento enemigos, para luego derribar un U2 americano el 27, casi en el mismo momento en que estaban por poner fin al operativo? Todo parece indicar que, para descifrar estas rarezas, es necesario prestarle atención al carácter de Jruschov, más inclinado al arrebato que a la evaluación realista.

La crisis tuvo tres actores fundamentales –Kennedy, Khrushchev y Castro–; dos detonantes: la decisión rusa de emplazar esas armas y la norteamericana de no aceptarlas, y un claro perdedor, la Unión Soviética que, al margen del resultado, aprendió la lección y nunca más enfrentó a los Estados Unidos en inferioridad de condiciones nucleares.